



CAPÍTULO VII

El infante D. Pelayo se levanta contra los moros.

No pasaron dos años enteros, dice Mariana, despues que el furor africano hizo á España aquella guerra cruel y desgraciada, cuando un gran campo de moros pasó las cumbres de los Pirineos por donde parten término España y Francia, y por fuerza de armas rompió por aquella provincia con intento de rendir con las armas vencedoras aquella parte de Francia que solia ser de los godos. Además que se les presentaba buena ocasion conforme al deseo que llevaban, de acometer y apoderarse de toda aquella provincia por estar alterada con discordias civiles, y muy cerca de caer por el suelo á causa de la ociosidad y descuido muy grande de aquellos reyes, con que las fuerzas se enflaquecian y marchitaban, no de otra guisa que poco ántes aconteciera en España. Pipino el más viejo, y Cárlos, su hijo, bien que habido fuera de matrimonio, por su valor y esfuerzo en las armas llamado por sobrenombre Martello, señores de lo que entónces Austrasia y al presente se dice Lorena, eran mayordomos de la casa real de Francia, y como tales gobernaban en paz y en guerra la república á su voluntad; camino que claramente se hacian y escalon para apoderarse del reino y de la corona, cuyo nombre quedaba solamente á los que eran verdaderos reyes y naturales por ser del linaje y alcurnia de Pharamundo I, rey de los francos. Grande era el odio que re-

sultaba y el disgusto que por esta causa muchos recibian; llevaban mal que una casa en Francia y un linaje estuviere tan apoderado de todo lo que pudiese más que las leyes y que los reyes y toda la demas nobleza. Eudon, duque de Aquitania, hoy Guiena, era el principal que hacia rostro y contrastaba á los intentos de los austrasianos. Cada parte tenía sus valedores y allegados, con que toda aquella nacion y provincia estaba dividida en parcialidades y bandos.

Lo que hace á nuestro propósito es, que con la ocasion de estar los bárbaros ocupados en la guerra de Francia, las reliquias de los godos que escaparon de aquel miserable naufragio de España, y reducidos á las Astúrias, Galicia y Vizcaya, tenían más confianza en la aspereza de aquellas fraguras de montes, que en las fuerzas, tuvieron lugar para tratar entre sí cómo podrian recobrar su antigua libertad.

Quejábanse en secreto que sus hijos y mujeres hechos esclavos servian á la deshonestidad de sus señores. Que ellos mismos, llegados á lo último de la desventura, no sólo padecian el público vasallaje, sino cada cual una miserable servidumbre. Todos los santuarios de España profanados; los templos de los santos, unos con el furor de la guerra quemados y abatidos, otros despues de la victoria servian á la torpeza de la supersticion mahometana, sa-

queados los ornamentos y preseas de las iglesias; rastros do quiera de una bárbara crueldad y fiereza. En Munuza, que era gobernador de Gijon, aunque puesto por los moros, de profesion cristiano, en quien fuera justo hallar algun reparo, no se via cosa de hombre, fuera de la figura y apariencia, ni de cristiano más del nombre y hábito exterior, que les sería mejor partido morir de una vez que sufrir cosas tan indignas y vida tan desgraciada. Ya no trataban de recobrar la antigua gloria en un punto escurecida, ni el imperio de su gente que por permission de Dios era acabado; sólo deseaban alguna manera de servidumbre tolerable y de vida no tan amarga como era la que padecian.

Los que desto trataban tenían más falta de caudillo que de fuerzas, el cual con el riesgo de su vida y con su ejemplo despertase á los demas cristianos de España y los animase para acometer cosa tan grande, porque como suele el pueblo, todos blasonaban y hablaban atrevidamente, pero todos tambien rehusaban de entrar en el peligro y en la liza; el vigor y valor de los ánimos caido, la nobleza de los godos con las guerras por la mayor parte acabada. Sólo el infante D. Pelayo, como el que venia de la alcuña y sangre real de los godos, sin embargo de los trabajos que habia padecido, resplandecia y se señalaba en valor y grandeza de ánimo, cosa que sabian muy bien los naturales, y aún los mismos que no le conocian, por la fama de sus proezas y de su esfuerzo, como suele acontecer, le imaginaban hombre de grande cuerpo y gentil presencia. Sucedió muy á propósito, que desde Vizcaya, do estaba recogido despues del desastre de España viniese á las Astúrias, no se sabe si llamado, si de su voluntad, por no faltar á la ocasion si alguna se presentase de ayudar á la patria comun. Por ventura tenían diferencias sobre el señorío de Vizcaya; ca tres duques de Vizcaya halló en las memorias de aquel tiempo, Eudon, Pedro y D. Pelayo.

Á la verdad, luégo que llegó á las Astúrias todos pusieron en él los ojos y la esperanza que se podría dar algun córte en tantos males y hallar algun remedio si le pudiesen persua-

dir que se hiciese cabeza, y como tal, se encargase del amparo y proteccion de los demas. Á muchos atemorizaba la grandeza del peligro y hazaña que acometian con fuerzas tan flacas; parecia desatino sin mayor seguridad aventurarse de nuevo y exasperar las armas y los ánimos de los bárbaros; pero lo que rehusaban de hacer por miedo, cierto accidente lo trocó en necesidad. Tenía D. Pelayo una hermana en edad muy florida, de hermosura extraordinaria. Deseaba grandemente Munuza, gobernador de Gijon, casar con aquella doncella, porque como suelen los hombres bajos y que de presto suben, no sabia vencerse en la prosperidad ni enfrenar el deseo deshonesto con la razon y virtud. No tenía alguna esperanza que D. Pelayo vendria en lo que él tanto deseaba. Acordó con muestra de amistad enviarle á Córdoba sobre ciertos negocios al capitán Tarif, que aún no era pasado en África. Con la ausencia de D. Pelayo, fácilmente salió con su intento.

Vuelto el hermano de la embajada, y sabida la afrenta de su casa, cuán grave dolor recibiese, y con cuántas llamas de ira se abrasase dentro de sí, cualquiera lo podrá entender por sí mismo. Dábale pena así la afrenta de su hermana, como la deshonor de su casa; mas lo que sobre todo sentia era ver que en tiempo tan revuelto no podia satisfacerse de hombre tan poderoso, á cuyo cargo estaban las armas y soldados. Revolvía en su pensamiento diversas trazas: parecióle que sería la mejor en tanto que se ofrecia alguna buena ocasion de vengarse, callar y disimular el dolor, y con mostrar que holgaba de lo hecho, burlar un engaño con otro engaño. Con esta traza halló ocasion de recobrar su hermana, con que se huyó á los pueblos de Astúrias comarcanos, en que tenía gentes aficionadas y ganadas las voluntades de toda aquella comarca. Espantóse Munuza con la novedad de aquel caso: recelábase que de pequeños principios se podría encender grande llama; acordó de avisar á Tarif lo que pasaba. Despachó él sin dilacion desde Córdoba soldados que fácilmente hobieran á las manos á D. Pelayo, por no estar bien apercebido de fuerzas, si avisado del peligro no escapára



con presteza, y puestas las espuelas al caballo le hiciera pasar un río que por allí pasaba, llamado Pionia, á la sazón muy crecido y arrebataado, cosa que le dió la vida, porque los contrarios que le seguían por la huella, se quedaron burlados, por no atreverse á hacer lo mismo, ni estimar en tanto el prendelle como el poner á riesgo tan manifiesto sus vidas.

En el valle que hoy se llama Cangas y entónces Canica, tocó tambor y levantó estandarte. Acudió de todas partes gente pobre y desterrada con esperanza de cobrar la libertad: tenían entendido que en breve vendría mayor golpe de soldados para atajar aquella rebelión. Muchos de su voluntad tomaron las armas por el gran deseo que tenían de hacer la guerra debajo de la conducta de D. Pelayo, por la salud de la patria y por el remedio de tantos males: algunos por miedo que tenían á los enemigos, y por otra parte, movidos de las amenazas de los suyos, y por el peligro que corrían de ambas partes (ora venciesen los cristianos, ora fuesen vencidos) de ser saqueados y maltratados por los que quedasen con la victoria, forzados acudieron á D. Pelayo, en particular los asturianos casi todos siguieron este partido. Juntó los principales de aquella nación, amonestándoles que con grande ánimo entrasen en aquella demanda, ántes que el señorío de los moros con la tardanza de todo punto se arraigase, que con la novedad andaba en balanzas.

«Conviene (dice) usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte, sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tiene una pequeña guarnición de moros; los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca nombre de cristiano, que no se venga luégo á nuestro campo. Sólo entretenemos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en

»Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazon, que esta es buena ocasión para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religión, por los hijos, mujeres, parientes y aliados que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algún remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaos que sois nacidos de la noble y bilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron y hicieron caer en tantos males, las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten. Diréis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra: ¿cuánto más pesado es que los hijos y mujeres hechos esclavos sirvan á la deshonra de los enemigos? ¡Oh grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seáis despojados de vuestras vidas y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares, y el deseo del sosiego por ventura os entretiene. Engañais os ó si pensáis que los particulares se pueden conservar destruida y asolada la república; la fuerza desta llama á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pie. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza desta comarca? Á los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra estéril y menguada de todo, sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar, pero debéis acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sino los esforzados. Á Dios, al cual tenemos irritado ántes de ahora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aún muy usada deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones



»tolerables? como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de gente bárbara se pueda esperar que será constante en sus promesas. ¿Pensais por ventura que tratamos con hombres crueles, y no ántes con bestias, fieras y salvajes? Por lo que á mí toca, estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere, mostraréme enemigo no más á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros que rehusáre tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determináre de vencer ó morir como bueno ántes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que más deben temer.»

Entre tanto que D. Pelayo decia estas palabras, los sollozos y gemidos de los que allí estaban eran tan grandes, que á las veces no le dejaban pasar adelante. Poniánseles delante los ojos las imágenes de los males presentes y de los que les amenazaban; el miedo era igual al dolor. Pero despues que algun tanto respiraron y concibieron dentro de sí alguna esperanza de mejor partido, todos se juramentaron, y con grandes fuerzas se obligaron de hacer la guerra á los moros, y sin excusar algun peligro ó trabajo ser los primeros á tomar las armas. Tratóse de nombrar cabeza, y por voto de todos señalaron al mismo D. Pelayo por su capitán, y le alzaron por rey de España el año que se contaba de nuestra salvación de setecientos diez y seis; algunos á este número añaden dos años. Deste principio, al mismo tiempo que la impiedad armada andaba suelta por toda España, y el furor y atrevimiento por todas partes volaban casi sin alguna esperanza de remedio, un nuevo reino dichosamente y

para siempre se fundó en España, y se levantó bandera para que los naturales afligidos y miserables tuviesen alguna esperanza de remedio; tanto importa á las veces no faltar á la ocasión y aprovecharse con prudencia de lo que sucede acaso.

Los gallegos y los vizcainos, cuyas tierras baña el mar Océano por la parte del Septentrion, y á ejemplo de los asturianos, en gran parte conservaban la libertad, fueron convidados á entrar en esta demanda. Lo mismo se hizo de secreto con las ciudades que estaban en poder de moros, que enviaron á requerirlas y conjurarlas no faltasen á la causa comun, ántes con obra y con consejo ayudasen á sus intentos. Algunos de los lugares comarcanos acudieron al campo de D. Pelayo, determinados de aventurarse de nuevo y ponerse al riesgo y al trabajo; pero los más por menosprecio del nuevo rey, y por miedo de mayor mal se quedaron en sus casas; querían más estar á la mira y aconsejarse con el tiempo, que hacerse parte en negocio tan dudoso. Bien entendia D. Pelayo de cuánta importancia para todo serian los principios de su reinado. Así, con deseo de acreditarse, corría las fronteras de los moros, acudia á todas partes, robaba, cautivaba y mataba; por otra parte visitaba los pueblos de las Asturias, y con su presencia y palabras levantaba á los dudosos, animaba á los esforzados. Demas desto, con grande diligencia se apercebía de todo lo necesario, y lo juntaba de todas partes, sin perdonar á trabajo alguno á trueque de autorizar su nuevo reino entre los suyos, y atemorizar á los bárbaros, ca sabia acudirian luégo á apagar aquel fuego. Tenía vigor y valor, la edad era á propósito para sufrir trabajos, la presencia y traza del cuerpo, no por el arreo vistosa, sino por sí misma varonil verdaderamente y de soldado.